

Fr. Mauro-Giuseppe Lepori, abad general OCist

El carisma monástico en el siglo XXI

Estoy feliz y agradecido de poder encontraros, por tercera vez, reunidos en el Capítulo General. Es para mí un momento que hace de puente de muchos otros encuentros entre miembros y comunidades de nuestras Órdenes y de la Familia cisterciense, encuentros que son siempre una llamada de unidad en la vocación. Ciertamente, no siempre en la vocación vivida, pues todos nosotros estamos siempre en desajuste con relación a lo que Cristo nos llama, sino en la vocación a la que todos somos atraídos por Cristo e impulsados por el Espíritu. Si alguno o una comunidad dijese: «¡Yo vivo bien la vocación!», esto quiere decir que no viven la vocación, pues la vocación no es nunca un proceso acabado, cumplido, si verdaderamente quiere seguir a Cristo que camina delante de nosotros, y no «arrastrarle» detrás de nosotros, como los soldados que Le condujeron atado a casa de Caifás o a Pilatos. Jesús camina libremente delante de nosotros, también en la vida monástica, aunque esta sea una forma de vocación donde se corre más fácilmente el riesgo de pensar que el camino está ya fijado desde siempre y para siempre.

Pienso que es a la luz del sentimiento que san Pablo tenía de su propia fidelidad a la vocación recibida de Cristo con el que debemos reflexionar sobre nuestra vocación y las maneras de seguirla:

«Cierto, (...) no es que sea ya perfecto, sino que continúo mi carrera por si consigo alcanzarlo, habiendo sido yo mismo alcanzado por Cristo Jesús. Yo, hermanos, no creo haberlo alcanzado todavía. Pero una cosa hago: olvido lo que dejé atrás y me lanzo a lo que está por delante, corriendo hacia la meta, para alcanzar el premio a que Dios me llama desde lo alto en Cristo Jesús. Así pues, todos los perfectos tengamos estos sentimientos, y si en algo sentís de otra manera, también eso os lo declarará Dios. Por lo demás, desde el punto a donde hayamos llegado, sigamos adelante» (Fil 3,12-16).

Este pensamiento me reconforta, pues lo que nos agita con frecuencia es el hecho de fundar nuestras perspectivas futuras mirando hacia atrás, hacia el pasado. Es quizá en este sentido, en el que Cristo nos invita a seguirlo sin mirar atrás (cf. Lc 9,62). Mirar atrás nos impide correr hacia delante, tanto si se trata de un pasado miserable, salpicado de ruinas, como, peor aún, de un pasado glorioso, pues un pasado glorioso y halagador, lo dejamos menos fácilmente de mirar. Pero no se puede correr hacia delante mirando hacia atrás.

Esta vez, vuestra comisión preparatoria me transmitió a través de vuestro P. Abad General un tema a profundizar, a saber: *El carisma monástico en el siglo XXI*. Así pues, me invitáis, también vosotros, a mirar más bien hacia delante que hacia atrás. Dicho esto, el pasado no carece de importancia para nuestro camino. Nos lleva como las raíces llevan a un árbol que se desarrolla a lo alto y a lo ancho para abrazar el tiempo y el espacio en la tensión hacia el cielo. No debemos mirar hacia atrás, sino *hacer memoria*. Y esto significa que el pasado no debe quedar detrás de nosotros: debe acompañarnos, debe permanecer en nosotros, debe permanecer vivo en nosotros. Entonces, el pasado se convierte en tradición, transmisión, herencia, lo que quiere decir que el pasado puede, a través de nosotros, ir más allá de nosotros mismos, pasar más allá de nuestra vida, convertirse incluso en transmisión de nuestra vida, engendramiento.

Entonces, la cuestión es la de ser conscientes hoy en día de nuestra responsabilidad de engendramiento, de nuestra responsabilidad paternal, maternal, con respecto a las generaciones que nos seguirán. El siglo XXI, o también el tercer milenio, no es tanto un espacio de tiempo, sino una descendencia. Dios no prometió un futuro de tiempo a Abrahán ni a todos los patriarcas y reyes, lo que era demasiado abstracto para la mentalidad judía, sino un futuro de descendencia, lo que quiere decir, un futuro humano, vital, personal, cultural, en el sentido más profundo. Y un futuro que verdaderamente depende también del eslabón que formo yo entre mis padres o madres y mis hijos e hijas.

Siento siempre un malestar cuando constato que la preocupación por tener vocaciones en nuestros monasterios con frecuencia es menos una preocupación de fecundidad que poder mantener en pie la casa, la empresa, el monumento, la propiedad. Es como si no se deseasen las vocaciones más que en función de la estructura, en lugar de desearlas simplemente para transmitir la vida, la vocación, como vida.

El signo de un deseo de verdadera fecundidad es, incluso en este ámbito, el no olvidar nunca que estamos llamados a una *fecundidad virginal* que permanece siempre como un misterio, pues no pasa por nuestros medios humanos más que en la medida en que estos medios están puestos al servicio de la obra de Dios, del Espíritu Santo, como María puso a disposición total de Dios su cuerpo, su alma, su espíritu, su vida, sus relaciones, también aquella con José.

La relación virginal con la realidad deja actuar a Dios como Él quiere. Es una apertura de corazón a una fecundidad que no es la nuestra, que nosotros no conseguimos y que, de hecho, es una fecundidad más grande que la nuestra. «En verdad os digo que no hay nadie que haya dejado casa, hermanos o hermanas, madre o padre, o hijos o campos por mí y por el Evangelio, que no reciba en este mundo cien veces más en casas, hermanos, hermanas, madres, hijos y campos, con persecuciones; y, en el siglo venidero, la vida eterna» (Mc 10-29-30).

No olvidemos que la fecundidad virginal es más sólida que la fecundidad carnal, está libre de condicionamientos inmediatos. Los padres que no tienen hijos, no tendrán descendencia. Nuestra descendencia, por el contrario, puede incluso saltar generaciones, puede engendrar incluso después de nuestra muerte, o después de la muerte de una comunidad. Cuántos monasterios cistercienses han muerto y han resucitado después de decenios o de siglos.

Esta actitud virginal, evangélica, de concebir la fecundidad de nuestra vida, de nuestras comunidades, de nuestras Órdenes y, en general, de nuestra vocación monástica, es un punto crucial que, según mi parecer, va a decidir nuestra vida en los próximos decenios. Digo «nuestra vida», y no «nuestra supervivencia», pues Cristo no nos ha prometido sobrevivir, sino resucitar. Sobrevivir, es demasiado poco. «¿No hacen lo mismo los publicanos y los gentiles?» (cf. Mt 5,46-47). Nuestra fe no se fundamenta en la resurrección de Lázaro, de la hija de Jairo o del hijo de la viuda de Naín, sino en la Resurrección definitiva de Cristo que, por el bautismo, se ha convertido en nuestra vida eterna. Vivir para sobrevivir, en el fondo, es una elección de muerte, una elección de miedo, que nos hace perder la alegría de vivir, de vivir el hoy como un instante donde el Dios eterno nos concede participar de su Ser que es Amor. ¿Se puede dar una plenitud de vida más grande que este instante? Y esto, incluso si el instante siguiente fuera el de mi muerte, o el del fin de mi comunidad.

Sin esta virginidad evangélica, ¿qué novedad propondría nuestro carisma monástico al mundo de hoy?

El hombre del siglo XXI, habiendo perdido el sentido de la vida eterna, vive para sobrevivir. Todos los programas políticos y sociales, y los de las religiones “a la carta”, proponen medidas de supervivencia. Sobrevivir a la catástrofe ecológica, sobrevivir a las enfermedades, sobrevivir a la depresión, sobrevivir a los accidentes, sobrevivir al terrorismo, sobrevivir a la invasión de los inmigrantes....

¿Qué propone nuestro carisma a este mundo, a este clima cultural del siglo XXI que es globalizado, que encontramos por todas partes, en Europa, en América, en Asia, África, Oceanía?

San Benito insiste mucho en la elección de la vida como motivación profunda de nuestra vocación. En el Prólogo de la Regla, la única propaganda vocacional que propone es la de preguntar, junto con Dios, y de esta forma al corazón del hombre, si él o ella «quiere la vida y desea ver días felices» (RB Pról. 15), y enseguida pone en claro que desear la vida quiere decir desear una “vida verdadera y eterna – *veram et perpetuam vitam*” (Pról. 17). Así pues, no una vida de sueños, o de una simple supervivencia, ni una vida cómoda y que se realiza en la inmanencia, sino una vida hic et nunc, y eterna, la vida eterna que comienza en la vida presente.

Toda la Regla muestra esta vida verdadera y eterna, y es este «camino de vida» que «el Señor, en su bondad, nos muestra» (Pról. 20).

Si no proponemos esto, si nuestras comunidades no viven para esto, si no son una escuela de vida verdadera y eterna, no proponemos nuestro carisma y no somos verdaderamente fecundos. Pues ser fecundo quiere decir transmitir la vida, y nosotros, estamos llamados a vivir y transmitir la vida verdadera y eterna que el Cristo pascual nos comunica por el bautismo.

Digo todo esto porque esta visión nos permite vivir también nuestras fragilidades y nuestras muertes como una ocasión de dar testimonio de la verdadera vida, de la verdadera fecundidad que Cristo hace siempre posible. La fecundidad de los mártires se expresa en su manera excepcional de morir.

Esta es una herencia directa de Cristo crucificado: «Y el centurión que estaba frente a él, viendo cómo había expirado, dijo: “Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios”» (Mc 15,39). ¿Qué ha visto, este gentil, tan convincente en la muerte de Cristo? Ha tenido la gracia de ver que Jesús moría con un sentido, un amor, que hacía de esta muerte un testimonio de una vida más grande, de un sentido de la vida más poderoso que la muerte.

No es una casualidad si san Benito pone, uno detrás de otro, tres instrumentos de las buenas obras que hablan de vida y de muerte:

«Desear la vida eterna con todo el ardor del espíritu.

Tener cada día delante de los ojos la amenaza de la muerte.

Vigilar a todas horas sobre las acciones de su vida» (RB 4,46-28).

Todo adquiere su sentido en el deseo de una vida eterna: cada instante de la vida temporal, como la muerte inevitable. Y no hay una prueba más fuerte de la vida eterna que una vida y una muerte que encuentran en ella su sentido y su cumplimiento.

El siglo XXI es ya el siglo de una cultura donde el hombre no sabe dar un sentido ni a la vida ni a la muerte, pues es una cultura de la inmanencia que ha perdido el sentido de la vida eterna. ¿Se respira el deseo de la vida eterna en nuestros monasterios, en nuestras liturgias, en nuestra vida fraterna, en nuestra acogida, en nuestro silencio, en nuestra palabra? ¿Se ve en nuestra vida y en nuestra muerte que Cristo resucitado ha vencido a la muerte y dado así un sentido eterno a la vida?

Comprendemos que no se puede responder a estas cuestiones con un esfuerzo moralizante. No se trata de hacer algo más, o diferente, o mejor. San Benito nos hace comprender que se trata más bien de un trabajo del deseo, de la mirada interior, de una mirada del corazón que den un sujeto profundo a la vida ordinaria, humana, que es vivida en el monasterio como en todas partes por nuestros hermanos y hermanas en humanidad.

No faltan los y las que nos han transmitido esta herencia. Si somos monjes y monjas hoy en día, bien que mal, es que, bien que mal, somos engendrados a esta vocación.

De la misma forma que tengo la certeza de estar unido a Adán y a Eva por una cadena ininterrumpida de generaciones, igualmente, si soy cisterciense hoy en día, quiere decir que una misteriosa cadena espiritual une sin interrupción mi vocación a la de los primeros abades y monjes de Cîteaux, y a través de ellos, sin interrupciones, a san Benito.

Cuando nos reunimos en Cîteaux en el mes de mayo para ver juntos las posibilidades de colaborar en la Familia Cisterciense en el mantenimiento y la utilización de nuestro lugar-fuente, especialmente del Definitorio y de los restos de la primera iglesia, era evidente que el Espíritu nos daba el volver a encontrar, toda fresca, la fuente de una vida que nos engendra hoy. En este sentido, creo que deberemos hallar la forma de vivir juntos el 900 aniversario de la Carta de Caridad con una especie de piedad filial que pueda regenerarnos para a nuestra vez poder engendrar una descendencia cisterciense preocupada primeramente, como Abrahán, de ser una bendición para el mundo de hoy más que un juicio que nos condenaría a nosotros los primeros.

Todo carisma es ante todo un don, una gracia, y permanece como un carisma si continúa siendo acogido y transmitido como una gracia. Nadie es maestro de un carisma, y a veces hay supuestos guardianes del carisma que, en realidad no son más que sus secuestradores. No hemos recibido nuestro carisma para hacerlo rehén de nuestra sed de poder, de nuestra vanidad, de nuestro miedo a perder la vida por Cristo.

Un carisma hace más bien profetas, y ser profetas quiere decir ser servidores de un don que se da. Es como ser propietarios de una fuente: la cuida si la dejas correr lejos de mi tierra, de otro modo, también la fuente se convierte en un estanque podrido.

Recientemente me ha emocionado una frase del profeta Amós leída en las Vigilias: «Cuando el Señor habla, ¿quién no profetizará?» (Am 3,8).

En la historia de nuestro carisma, muchos han aceptado transmitir la Palabra que Dios les confiaba. Nuestros autores espirituales, nuestros santos, los monjes y monjas que han sabido reavivar, de una manera especialmente sensible y visible, la llama de nuestro carisma. Desde que animé aquí, hace seis años, a hacer un trabajo común para que santa Gertrudis fuese reconocida como doctora de la Iglesia, hemos recorrido un gran camino, quizá no demasiado en el sentido de la causa, pero... de la causa del sentido. Quiero decir que los estudios, los encuentros, las sesiones que esta causa ha suscitado, nos han convencido que lo que deseamos para la Iglesia es ya una realidad para nosotros. Gertrudis es para nosotros profeta de una palabra de Dios que puede hablar al hombre del siglo XXI y dar un sentido a su vida en una relación viva y amorosa con Cristo y, a través de Él, con la Trinidad.